

SHARPE Y EL TIGRE DE BENGALA

BERNARD CORNWELL

SHARPE Y EL TIGRE DE BENGALA

La batalla de Seringapatam, 1799

Traducción de Montse Batista



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Tiger*

Cubierta: Calderón Estudio

Primera edición: enero de 2020

© Bernard Cornwell, 1997

© de la traducción: Montserrat Batista, 2003

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Publicado por primera vez en castellano por Edhasa en 2003

Diputación 262, 2º 1ª, 08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

E-mail: info@edhasa.es

<https://www.edhasa.es>

ISBN: 84-350-6355-5

Depósito legal: B-27116-2019

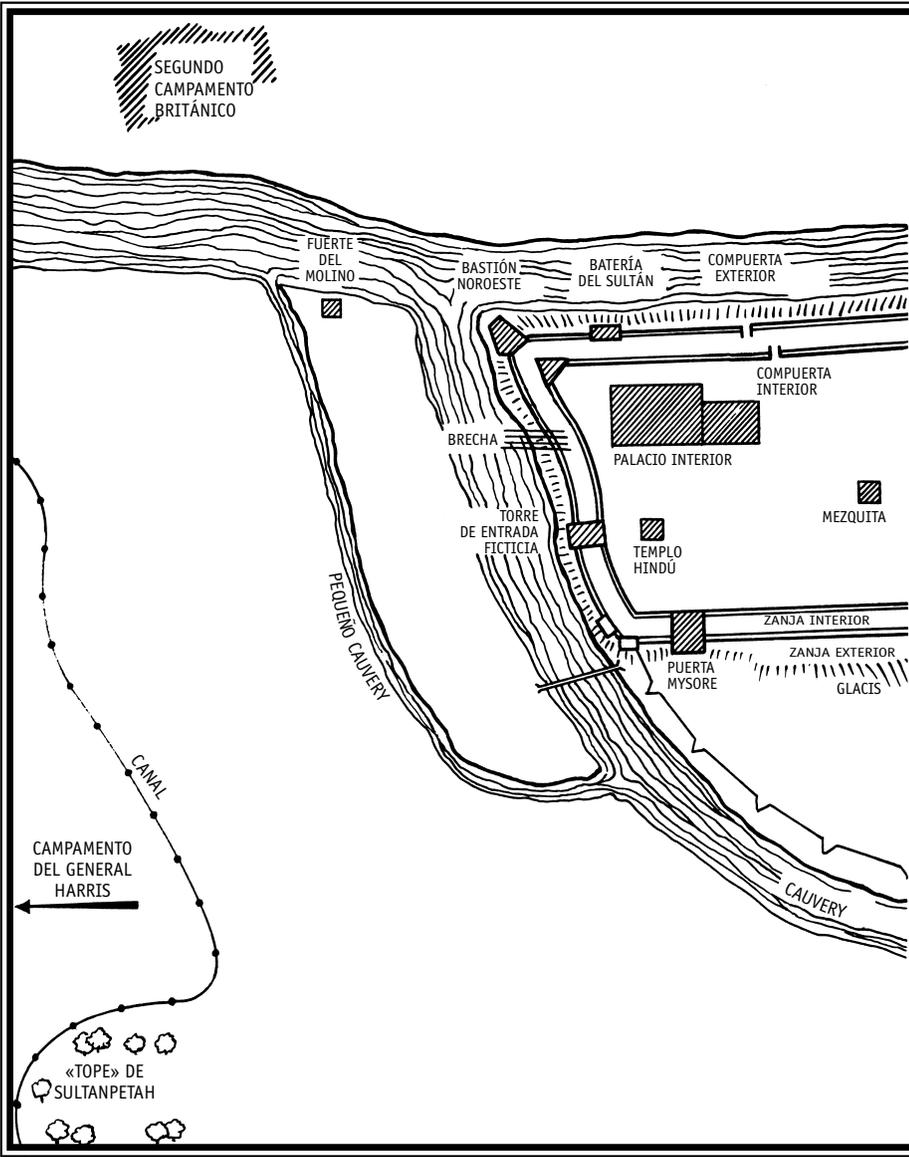
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*,
bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamo público.

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
o entre en la web www.conflicencia.com.

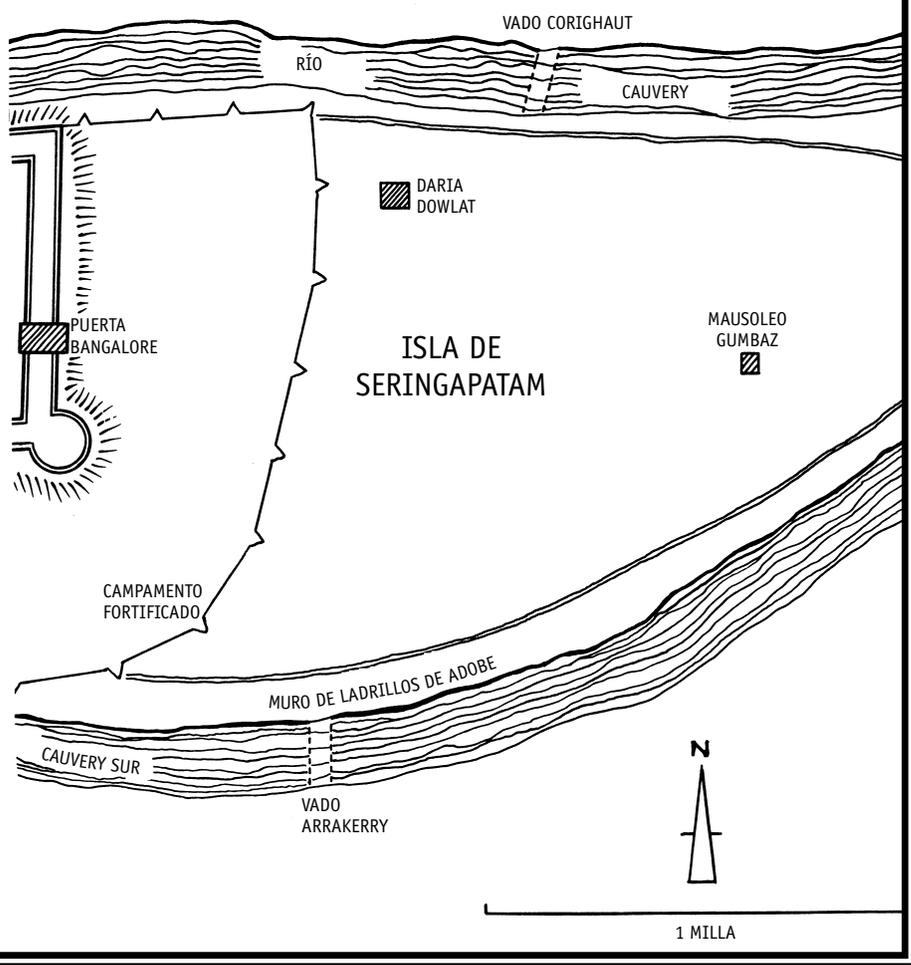
Impreso en Black Print CPI

Impreso en España

Sharpe y el tigre de Bengala *es para*
Muir Sutherland y Malcolm Craddock,
con agradecimiento.



ESBOZO DEL ASEDIO DE SERINGAPATAM ABRIL-MAYO DE 1799



CAPÍTULO 1

Era extraño, pensaba Richard Sharpe, que en Inglaterra no hubiese buitres. Al menos él no había visto ninguno. Eran unas cosas feas. Ratas con alas.

Pensaba mucho en los buitres, y tenía mucho tiempo para reflexionar porque era soldado, un soldado raso, de manera que el Ejército se empeñaba en gran medida en pensar por él. El Ejército decidía cuándo se despertaba, cuándo dormía, cuando comía, cuándo marchaba y cuándo tenía que quedarse sentado sin hacer nada, y eso era lo que hacía la mayor parte del tiempo: nada. Apresurarse y no hacer nada, ésa era la manera que tenía el Ejército de hacer las cosas, y él ya estaba hartito. Estaba cansado y pensaba en escapar.

Mary y él. Huir. Desertar. Pensaba en ello en aquel preciso momento y era extraño preocuparse por eso precisamente entonces, porque el Ejército iba a concederle a Richard Sharpe su primera batalla de verdad. Ya había participado en un combate, pero de eso hacía cinco años y fue un asunto confuso y desagradable en medio de la niebla, nadie sabía por qué el 33.º Regimiento estaba en Flandes ni qué se suponía que estaban haciendo allí, y al final tan sólo dispararon algunos tiros contra unos franceses envueltos por la neblina y todo el asunto terminó casi antes de que Sharpe supiera que había empezado. Había visto morir a un par de hombres. Recordaba sobre todo la muerte del sargento Hawthorne porque el sargento había sido alcanzado por una bala de mosquete que le había sacado una costilla por fuera de su casaca roja. Apenas se vio una gota de sangre, tan sólo la blanca costilla que sobresalía de la desteñida tela roja. «Aquí uno podría colgar el som-

brero», había dicho Hawthorne con tono asombrado; luego había sollozado y después se había atragantado con la sangre y se había desplomado. Sharpe había seguido cargando y disparando, y entonces, justo cuando empezaba a divertirse, el batallón se había ido y había zarpado de vuelta a Inglaterra. Toda una batalla.

Ahora se encontraba en la India. No sabía por qué estaba invadiendo Mysore y no le importaba demasiado. El rey Jorge III quería que Richard Sharpe estuviera en la India, así que Richard Sharpe estaba en la India, pero Richard Sharpe ya se había hartado de estar al servicio del rey. Era joven y consideraba que la vida tenía algo más que ofrecer que el apresurarse y no hacer nada. Había que conseguir dinero. No estaba seguro de cómo obtenerlo si no era robando, pero lo que sí sabía era que estaba harto y que podía hacer algo mejor que quedarse en el fondo del estercolero. No dejaba de decirse a sí mismo que allí era donde estaba, en el fondo de un estercolero, y todo el mundo sabía lo que se amontonaba encima de esos lugares. Era mejor escapar, se decía. Todo lo que hacía falta para progresar en el mundo era un poco de sentido común y la habilidad de patear a un cabrón antes de que pudiera patearte a ti, y Richard Sharpe creía poseer de sobra esos talentos.

Pero, ¿hacia dónde huir en la India? La mitad de los nativos parecían estar a sueldo de los británicos y eran capaces de entregarte por un puñado de *pice* de bronce que no valían ni un cuarto de penique cada una; el resto de los indios luchaban todos contra los británicos o se preparaban para combatirlos, y si acudía a ellos lo obligarían a servir en sus ejércitos. Tendría una paga más alta en un ejército nativo, probablemente mucho más que los dos peniques al día que Sharpe recibía entonces una vez aplicados los descuentos, pero, ¿por qué cambiar un uniforme por otro? No, tendría que huir a algún lugar donde el Ejército nunca le encontrara o de lo contrario acabaría frente a un pelotón de fusilamiento una mañana calurosa cualquiera. La detonación de los disparos de mosquete, una tumba escarbada en la tierra roja y al día siguiente las ratas con alas

estarían tirando de tus tripas como un montón de mirlos sacando lombrices de un campo de césped.

Ése era el motivo de que pensara en los buitres. Pensaba que quería escapar pero que no quería servir de comida para los buitres. «Que no te atrapen». Regla número uno en el Ejército, la única regla que importaba. «Porque si te cogen, esos cabrones te azotarán hasta la muerte o te reorganizarán las costillas con balas de mosquete, y en ambos casos los buitres engordarían».

Los buitres estaban siempre ahí, a veces dando vueltas en círculo con unas largas alas que se inclinaban ante las repentinamente corrientes del cálido aire de más arriba y a veces encorvados sobre las ramas. Se alimentaban de la muerte y un ejército en marcha les proporcionaba la dieta de un glotón, y en aquellos momentos, en aquel último año del siglo dieciocho, dos ejércitos aliados atravesaban aquella cálida y fértil llanura del sur de la India. Uno de ellos era un ejército británico y el otro pertenecía a un aliado suyo, el *nizam* de Hyderabad, y ambos ejércitos suponían un festín para los buitres. Murieron caballos, bueyes, camellos y hasta dos de los elefantes que aparentaban ser indestructibles, y también moría gente. Los ejércitos gemelos contaban con un séquito diez veces más extenso que ellos mismos: un gran despliegue de seguidores, mercaderes, vaqueros, prostitutas, esposas y niños, y entre todas aquellas personas, así como entre los ejércitos propiamente dichos, las epidemias se propagaban. Los hombres morían a causa de la maldita disentería, temblando por la fiebre o ahogándose en sus propios vómitos. Morían respirando con dificultad, empapados en sudor, delirando como locos o con la piel ampollada y en carne viva. Hombres, mujeres y niños, todos morían, y no importaba si eran enterrados o incinerados, porque, al final, los buitres se los comían igualmente, puesto que nunca había tiempo ni madera suficientes para hacer una pira funeraria apropiada, así que los buitres arrancaban la carne medio cocida de los huesos chamuscados, y si se sepultaban los cuerpos no había montón de piedras que impidiera a las bestias carro-

ñeras desenterrar la carne hinchada y podrida y los ganchudos picos de los buitres se hacían con lo que dejaban los voraces dientes.

Aquel caluroso día del mes de marzo prometía comida en abundancia y los buitres parecían intuirlo, puesto que, a medida que pasaba la tarde, cada vez se iban uniendo más pájaros a las puntiagudas columnas de alas que volaban en círculos sobre los hombres que marchaban. Las aves no batían las alas, sino que simplemente se elevaban en el cálido aire al tiempo que planeaban, se inclinaban, se deslizaban y esperaban, siempre esperaban, como si supieran que muy pronto la succulencia de la muerte les llenaría los gaznates.

—Feos pájaros cabrones —dijo Sharpe—, no son más que ratas con alas. Pero no le respondió nadie de la Compañía Ligera del 33.º. No había nadie que tuviera aliento suficiente para contestarle. El aire era asfixiante a causa del polvo que levantaban los soldados que iban delante, por lo que las filas de retaguardia andaban a trompicones a través de una amalgama cálida y arenosa que les reseca la garganta y les irritaba los ojos. La mayoría de los soldados ni se había dado cuenta de la presencia de los buitres, mientras que otros estaban tan cansados que ni siquiera habían reparado en el escuadrón de caballería que había aparecido de pronto a unos ochocientos metros de distancia en dirección norte. Los jinetes pasaron trotando junto a un bosquecillo en cuyos árboles resplandecían unas flores rojas y luego apretaron el paso y se alejaron. Sus sables desenvainados irradiaron la luz del sol que se reflejaba en ellos mientras se daban la vuelta y se distanciaban de los soldados de infantería, pero entonces, de la misma forma inexplicable en la que se habían apresurado a virar bruscamente y alejarse, se detuvieron de repente. Sharpe los vio. Eran miembros de la caballería británica. Los elegantes muchachos venían a ver cómo luchaban los soldados de verdad.

Por delante, desde la leve elevación de terreno donde un segundo grupo de jinetes se perfilaba contra la blancura ardiente del cielo, un cañón disparó. El estruendo fue inmen-

so; una nube de sonido que, hueco y maligno, hendió la llanura. El humo salió del cañón en forma de blancas volutas al tiempo que la pesada bala golpeaba algunos arbustos, destrozaba hojas y flores, levantaba polvo del suelo que se cocía al sol y luego seguía adelante dando botes cada vez menores para acabar alojada contra un retorcido árbol caído del que salió una pálida lluvia de madera en putrefacción. El disparo había quedado a una distancia de la infantería de casacas rojas de al menos doscientos pasos, pero el sonido del cañón despertó a los cansados.

–¡Por Dios! –exclamó una voz en la última fila–. ¿Qué ha sido eso?

–Un condenado camello se ha tirado un pedo, ¿qué diablos quiere que sea? –respondió un cabo.

–Fue un disparo malísimo –dijo Sharpe–. Hasta mi madre podría preparar mejor un cañón.

–No pensaba que tuvieras madre –dijo el soldado Garrard.

–Todo el mundo tiene una madre, Tom.

–El sargento Hakeswill no –replicó Garrard, y luego escupió una mezcla de polvo y saliva. La columna de soldados se había detenido momentáneamente, no porque se hubiera dado ninguna orden, sino más bien porque el cañonazo había puesto nervioso al oficial al mando de la compañía que iba en cabeza y que ya no estaba seguro de adónde tenía que dirigir exactamente el batallón–. Hakeswill no nació de una madre –dijo Garrard con vehemencia. Se sacó el chacó y usó la manga para limpiarse el polvo y el sudor del rostro. La manga de lana dejó un rastro de tinte rojo en la frente–. Hakeswill es un producto del diablo –concluyó Garrard al tiempo que se encasquetaba de nuevo el chacó sobre el pelo empolvado de blanco.

Sharpe se preguntó si Tom Garrard se escaparía con él. Dos hombres podrían sobrevivir mejor que uno solo. ¿Y Mary? ¿Vendría? Pensaba mucho en Mary cuando no estaba pensando en todo lo demás, pero Mary estaba inextricablemente enredada en todo lo demás. Era confuso. Ella era la viuda del sargento Bickerstaff; era medio india y medio inglesa y tenía

veintidós años, la misma edad que Sharpe, o al menos él creía que ésa era su misma edad. Podía ser que él tuviera veintiuno o veintitrés; no estaba completamente seguro debido a que nunca tuvo una madre que se lo dijera. Tenía madre, por supuesto, todo el mundo tenía una, pero no todo el mundo había tenido por progenitora a una prostituta de Cat Lane que hubiese desaparecido justo después de que naciera su hijo. Al niño lo habían llamado como el acaudalado patrono de la inclusa en la que había crecido, pero el nombre no le había proporcionado a Sharpe influencia alguna, tan sólo lo había llevado al fondo maloliente del estercolero del Ejército. Aun así, Sharpe creía que podía tener un futuro, y Mary hablaba uno o dos idiomas indios, lo cual podía ser útil si Tom y él huían.

En la distancia, la caballería que se hallaba a la derecha de Sharpe se puso de nuevo al trote y desapareció detrás de los árboles floridos de rojo, dejando únicamente tras ella una nube de polvo que el viento mecía. Les seguían dos piezas de la artillería montada, dos cañones ligeros de seis libras que rebotaban peligrosamente sobre el terreno irregular tras sus tiros de caballos. Todos los demás cañones del ejército eran transportados por bueyes, pero los cañones ligeros iban tirados por caballos que eran tres veces más rápidos que las lentas y pesadas reses de tiro. El solitario cañón enemigo disparó de nuevo y su brutal detonación perforó el aire con un impacto casi palpable. Sharpe vio más cañones enemigos en la colina, pero eran más pequeños que el que acababa de disparar y supuso que no tenían el mismo alcance que el más grande. Entonces vio un trazo gris en el aire, como si un lápiz dibujara una línea vertical contra el pálido azul del cielo, y supo que el proyectil del cañón más grande debía de estar viniendo directamente hacia él; supo también que no había viento que pudiera desviar ligeramente la bala hacia un lado y fue consciente de todo ello durante el segundo más o menos que la bala permaneció en el aire, un tiempo demasiado breve para reaccionar, sólo suficiente para ser consciente de que la muerte se aproximaba, pero la bala

chocó contra el suelo a una docena de pasos de donde él se encontraba y rebotó hacia arriba, pasando por encima de su cabeza para seguir adelante sin causar daños y meterse en un campo de caña de azúcar.

–Me parece que ahora esos cabrones tienen a tu madre atendiendo el cañón, Dick –dijo Garrard.

–¡Nada de charlas! –chilló de repente la voz del sargento Hakeswill–. No malgasten su impía saliva. ¿Era usted el que hablaba, Garrard?

–No era yo, sargento. Estoy sin aliento.

–¿Está sin aliento? –El sargento Hakeswill bajó a toda prisa por las filas de la compañía y levantó la cabeza mirando a Garrard–. ¿Está sin aliento? ¡Eso significa que está usted muerto, soldado Garrard! ¡Muerto! No le servirá de nada al rey o al país si está usted muerto, aunque de todas formas siempre fue un maldito inútil. –Los malévolos ojos del sargento pasaron rápidamente a posarse en Sharpe–. ¿Era usted el que hablaba, Sharpy?

–No era yo, sargento.

–No tiene órdenes para hablar. Si el rey quisiera que mantuviera usted una conversación, yo se lo habría dicho. Así lo dice en las Escrituras. Deme su fusil de chispa, Sharpy. ¡Ahora, rápido!

Sharpe le pasó el mosquete al sargento. Era la llegada de Hakeswill a la compañía lo que había convencido a Sharpe de que era hora de escapar del Ejército. Estaba harto de todos modos, pero Hakeswill había añadido la injusticia al aburrimiento. No es que a Sharpe le importara la injusticia, porque en este mundo sólo había justicia para los ricos, pero la injusticia de Hakeswill estaba acompañada de tal malevolencia que apenas había un solo soldado de la Compañía Ligera que no estuviera dispuesto a rebelarse, y el único motivo por el que no se amotinaban era saber que Hakeswill comprendía su deseo, lo esperaba y quería castigarles por ello. Era único para provocar la insolencia y castigarla luego. Siempre iba dos pasos por delante de ti, aguardando tras una esquina con una porra. Era un

diablo, eso era Hakeswill, un diablo con una elegante casaca roja adornada con las insignias de sargento.

Sin embargo, mirar a Hakeswill era ver al perfecto soldado. Era cierto que su rostro extrañamente abultado temblaba cada pocos segundos como si un espíritu maligno se retorciera y se sacudiera bajo su piel enrojecida por el sol, pero tenía los ojos azules, el pelo empolvado tan blanco como la nieve que nunca caía en aquella tierra y su uniforme sería igual de elegante si estuviera montando guardia en el castillo de Windsor. Realizaba la instrucción como si fuera un prusiano, ejecutando cada uno de los movimientos de forma tan seca y limpia que era un placer observarle, pero entonces el rostro le temblaba y sus ojos, ingenuos de una forma extraña, lanzaban una parpadeante mirada de soslayo y podías ver al diablo atisbando el exterior. Mientras había sido un sargento de reclutamiento, Hakeswill se había cuidado de no dejar que el diablo se manifestara y fue entonces cuando Sharpe lo había conocido, pero ahora, cuando el sargento ya no necesitaba embaucar y engañar a jóvenes idiotas para que se alistaran, a Hakeswill ya no le importaba que vieran su malignidad.

Sharpe se quedó inmóvil mientras el sargento desataba el trocito de trapo que aquél usaba para proteger la llave de su mosquete del insidioso polvo rojo. Hakeswill escudriñó el cerrojo, no encontró nada que estuviera mal y entonces se apartó de Sharpe para que el sol cayera de lleno en el arma. Volvió a mirar detenidamente, amartilló el arma, la disparó en seco y luego pareció perder interés en el mosquete cuando un grupo de oficiales espolearon sus caballos hacia la cabeza de la columna parada.

—¡Compañía! —gritó Hakeswill—. ¡Compañía! ¡Firmes!

Los soldados juntaron los pies arrastrándolos y se pusieron derechos mientras los tres oficiales pasaban al galope. Hakeswill se había erguido en una pose grotesca: la bota derecha por detrás de la izquierda, las piernas rectas, la cabeza y los hombros hacia atrás, el vientre hacia delante y los hombros tirantes en un esfuerzo por unirse en la concavidad del dorsal de su espalda.

Ninguna de las otras compañías del 33.º Regimiento del Rey se había puesto en posición de firmes en honor de los oficiales que pasaban, pero el respetuoso gesto de Hakeswill fue ignorado de todas formas. La falta de atención no afectó al sargento, que, cuando el trío de oficiales se hubo alejado, le gritó a la compañía que descansara y luego volvió a examinar el mosquete de Sharpe con ojos escrutadores.

–No encontrará nada que esté mal en él, sargento –dijo Sharpe.

Hakeswill, que todavía permanecía en posición de firmes, dio una intrincada media vuelta y su bota derecha se estampó contra el suelo.

–¿Me ha oído darle permiso para hablar, Sharpy?

–No, sargento.

–No, sargento. No, no me ha oído. Eso es una falta que se castiga con azotes, Sharpy. –La mejilla derecha de Hakeswill tembló con el espasmo involuntario que desfiguraba su semblante cada pocos segundos, y la vehemente maldad de aquel rostro fue de pronto tan intensa que toda la compañía ligera contuvo el aliento momentáneamente previendo el arresto de Sharpe, pero entonces la estruendosa descarga del cañón enemigo atravesó rodando el campo y la pesada bala se abrió camino, salpicando y rebotando, por una parcela de intenso color verde en la que crecía el arroz. La violencia del paso del proyectil, que no causó ningún daño, sirvió para distraer a Hakeswill, quien se dio la vuelta para observar cómo la bala rodaba hasta detenerse.

–Una mierda de disparo –dijo Hakeswill en tono mordaz–. Diría que los infieles no saben manejar los cañones. O tal vez estén jugando con nosotros. ¡Jugando! –La idea le hizo reír. Sharpe se figuró que no era la expectativa de un alboroto lo que había llevado al sargento Obadiah Hakeswill a ese estado parecido a la jovialidad, sino más bien el pensar que una batalla causaría bajas y sufrimiento, y el sufrimiento era un placer para el sargento. Le gustaba ver a los soldados temerosos y asustados porque eso los volvía dóciles, y el sargento Hakeswill siempre

se ponía de lo más contento cuando dominaba a hombres desdichados.

Los tres oficiales habían detenido sus caballos a la cabeza de la columna y en aquellos momentos utilizaban catalejos para inspeccionar la lejana colina que estaba nublada por la irregular franja de humo que había dejado el último cañonazo enemigo.

—Ése es nuestro coronel, muchachos —anunció Hakeswill a la Compañía Ligera del 33.º—. El mismísimo coronel Arthur Wellesley, que Dios le bendiga por ser un caballero, que lo es, no como vosotros. Ha venido a verles combatir, así que asegúrense de que lo hacen. Luchen como ingleses que son.

—Yo soy escocés —dijo una voz avinagrada desde la última fila.

—¡Lo he oído! ¿Quién dijo eso? —Hakeswill fulminó con la mirada a la compañía mientras el rostro le temblaba de modo incontrolable. Si hubiese estado menos risueño, el sargento hubiera descubierto quién había hablado y lo habría castigado, pero la emoción de la inminente batalla lo convenció para dejar pasar la falta—. ¡Un escocés! —dijo en cambio con sorna—. ¿Qué es lo mejor que ha visto en su vida un escocés? ¡Respóndanme a eso! —Nadie lo hizo—. La carretera que lleva a Inglaterra, eso es. Es lo que se dice en las Escrituras, debe de ser verdad. —Levantó el mosquete de Sharpe al tiempo que miraba hacia las tropas que esperaban—. Les estaré vigilando —gruñó—. Ninguno de ustedes ha estado nunca en una batalla de verdad, no han participado en un solo combate como es debido, pero al otro lado de esa maldita colina hay una horda de infieles de rostro negro que están ansiosos por poner sus mugrientas manos encima de sus mujeres, así que ¡sólo con que uno de ustedes se vuelva de espaldas les arrancaré la piel a todos! Huesos pelados y sangre, en eso se van a convertir. Pero si cumplen con su deber y obedecen las órdenes todo irá bien. ¿Y quién da las órdenes?

El sargento esperó una respuesta y al final el soldado Mallinson le brindó una.

—Los oficiales, sargento.

–¡Los oficiales! ¡Los oficiales! –soltó Hakeswill, indignado con la respuesta–. Los oficiales están aquí para mostrarnos aquello por lo que luchamos. Ellos son caballeros. ¡Caballeros como Dios manda! Son acaudalados propietarios y hombres de buena cuna, no arruinados camareros de taberna y rateros con casaca roja, que es lo que son ustedes. Los sargentos dan las órdenes. Los sargentos son el Ejército de verdad. ¡Recuérdelo, muchachos! ¡Están a punto de entrar en combate contra los infieles y si no me hacen caso serán hombres muertos! –Aquel rostro se agitó de forma grotesca, la mandíbula se torció bruscamente hacia un lado y Sharpe, que observaba la cara del sargento, se preguntó si era el nerviosismo lo que había hecho de Hakeswill una persona tan voluble–. Pero si no apartan los ojos de mí, muchachos –siguió diciendo Hakeswill–, entonces todo marchará como una seda. ¿Y saben por qué? –Chilló la última palabra en un alto tono dramático y con gestos exagerados mientras caminaba junto a la primera fila de la Compañía Ligera–. ¿Saben por qué? –volvió a preguntar de manera que parecía entonces un discrepante predicador echando un sermón en un seto–. Porque yo no puedo morir, muchachos. ¡No puedo morir! –De pronto se apasionó, con la voz ronca y llena de fervor mientras hablaba. Era un discurso que toda la Compañía Ligera había oído ya muchas veces, pero que se destacaba por todo aquello, aunque el sargento Green, que estaba jerárquicamente por debajo de Hakeswill, se apartó indignado. Hakeswill se burló de Green y luego tiró de la fuerte opresión de la gorguera de cuero que le rodeaba el cuello y la echó hacia abajo para que se viera una vieja cicatriz que tenía en la garganta–. ¡La sogá del ahorcado, muchachos! –gritó–. ¡Eso es lo que me marcó, la sogá del ahorcado! ¿La ven? ¿La ven? ¡Pero estoy vivo, muchachos, vivo y coleando en vez de estar enterrado bajo tierra, y eso es una prueba como nunca la ha habido de que no hace falta que ustedes mueran! –Le volvió a temblar el rostro cuando soltó la gorguera–. ¡Marcado por Dios –exclamó para terminar, con la voz áspera a causa de la emoción–, eso es lo que soy, una persona marcada por Dios!

–Está más loco que una cabra –dijo Tom Garrard entre dientes.

–¡Ha sido usted quien ha hablado, Sharpy! –Hakeswill se volvió rápidamente y se quedó mirando a Sharpe, pero éste estaba a ojos vistas inmóvil y mirando al frente sin mediar palabra, con lo que su inocencia era irrefutable. Hakeswill volvió a caminar junto a la Compañía Ligera–. He visto morir a soldados, soldados mejores que ustedes, que son pedazos de escoria, soldados de verdad, ¡pero a mí Dios me ha salvado! Así que hagan lo que yo diga, chicos, o de lo contrario acabarán convertidos en carroña. –De repente volvió a poner el mosquete en manos de Sharpe–. Un arma limpia, Sharpy. Bien hecho, muchacho. –Se alejó con rápidos pasos y Sharpe vio, para su sorpresa, que el trozo de trapo volvía a estar cuidadosamente atado en el cerrojo.

El cumplido a Sharpe había dejado atónita a toda la Compañía Ligera.

–Está de un buen humor poco frecuente –dijo Garrard.

–¡Le he oído, soldado Garrard! –gritó Hakeswill por encima de su hombro–. Tengo ojos en la nuca, eso es. Ahora silencio. ¡No quiero que ninguna horda de paganos crea que están ustedes hechos de porcelana! Ustedes son hombres blancos, recuérdenselo, blanqueados con la sangre purificadora del Cordero, ¡así que nada de maldita charla en las filas! Calladitos y a portarse bien, como esas condenadas monjas que nunca dicen ni pío porque les han cortado sus lenguas papistas. –De pronto se volvió a cuadrar ruidosamente una vez más y saludó colocando la alabarda de punta de lanza frente a su cuerpo–. ¡Toda la compañía presente y en silencio, señor! De lo contrario reciben unos azotes en la espalda, señor.

El teniente William Lawford frenó su caballo y saludó con la cabeza al sargento Hakeswill. Lawford era el segundo oficial de la Compañía Ligera, por debajo del capitán Morris y por encima del par de jóvenes alféreces, pero acababa de llegar al batallón y temía a Hakeswill igual que los soldados de la tropa.

–Los hombres pueden hablar, sargento –observó Lawford con suavidad–. Las demás compañías no están en silencio.

–No, señor. Deben reservarse el aliento, señor. Hace demasiado calor para hablar, señor, y además, tienen que matar a los infieles, no deben gastar saliva con cháchara, no cuando hay paganos de rostro negro a los que matar, señor. Lo dicen las Escrituras, señor.

–Si usted lo dice, sargento –dijo Lawford, que no quería provocar un enfrentamiento. Luego no encontró nada más que añadir, por lo que, incómodamente consciente del examen al que estaba siendo sometido por parte de los setenta y seis soldados de la compañía, se quedó mirando la colina ocupada por el enemigo. Pero también era consciente de haber capitulado de forma ignominiosa ante los deseos del sargento Hakeswill y se sonrojó lentamente al tiempo que miraba hacia el oeste. Lawford caía bien, pero se le consideraba una persona débil, aunque Sharpe no estaba tan seguro de esa opinión. Él creía que el teniente todavía estaba intentando familiarizarse con las extrañas y en ocasiones espantosas corrientes humanas que formaban el 33.º y que con el tiempo Lawford demostraría ser un oficial fuerte y con capacidad de recuperación. Sin embargo, de momento William Lawford tenía veinticuatro años y acababa de adquirir su tenientazgo recientemente, cosa que lo hacía sentir inseguro de su autoridad.

El alférez Fitzgerald, con tan sólo dieciocho años de edad, volvió paseando de la cabeza de la columna. Mientras andaba iba silbando y cortando la crecida maleza con un sable desenvainado.

–Nos iremos dentro de un momento, señor –le gritó alegremente a Lawford, y entonces pareció darse cuenta del silencio de la Compañía Ligera que no presagiaba nada bueno–. ¿No estarán asustados, verdad? –preguntó.

–Están reservando el aliento, señor Fitzgerald, señor –saltó Hakeswill.

–Tienen aliento suficiente para cantar una docena de canciones y aun así derrotar al enemigo –replicó Fitzgerald con desdén–. ¿No es así, muchachos?

–Venceremos a esos cabrones, señor –dijo Tom Garrard.

–Entonces quiero oírlos cantar –exigió Fitzgerald–. No soporto el silencio. Ya tendremos bastante tranquilidad en nuestras tumbas, muchachos, o sea que ¿por qué no hacer ruido ahora? –Fitzgerald tenía una excelente voz de tenor que usó para iniciar la canción de la lechera y el rector, y para cuando la Compañía Ligera llegó a la estrofa que contaba cómo el párroco desnudo, al que la lechera había vendado los ojos y que creía estar a punto de conseguir su ferviente deseo, era conducido hacia la vaca Bessie, la compañía entera iba vociferando la canción con entusiasmo.

No llegaron al final. El capitán Morris, el oficial al mando de la Compañía Ligera, se acercó cabalgando desde el frente del batallón e interrumpió la cantinela.

–¡Medias compañías! –le gritó a Hakeswill.

–¡Medias compañías, señor! Enseguida, señor. ¡Compañía Ligera! ¡Dejen de hacer ese condenado ruido! ¡Ya han oído al oficial! –bramó Hakeswill–. ¡Sargento Green! Hágase cargo de las filas posteriores. ¡Señor Fitzgerald! ¿Sería tan amable de ocupar su puesto a la izquierda, señor? ¡Filas delanteras! ¡Fusiles al hombro! ¡Veinte pasos, adelante, marchen! ¡Ahora paso ligero! ¡Paso ligero!

El rostro de Hakeswill se convulsionó cuando las diez filas delanteras marcharon veinte pasos y se detuvieron dejando atrás a las otras nueve filas. A lo largo de toda la columna del batallón las compañías se estaban dividiendo del mismo modo y realizaban la instrucción con unos movimientos secos, como si estuvieran en su plaza de armas de Yorkshire. A unos cuatrocientos metros de distancia a la izquierda del 33.º, otros seis batallones llevaban a cabo la misma maniobra y la realizaban con igual precisión. Esos seis batallones estaban todos formados por soldados nativos al servicio de la Compañía de las Indias Orientales, aunque llevaban casacas rojas igual que los soldados del rey. Los seis batallones cipayos sacudieron sus enseñas y Sharpe, al ver las brillantes banderas, miró al frente hacia el lugar donde los dos enormes estandartes del 33.º eran extraídos de sus tubos de

cuero bajo el feroz sol de la India. El primero, el estandarte real, era una bandera británica que llevaba bordados el blasón del regimiento, en tanto que el segundo era el estandarte del regimiento y tenía la insignia del 33.º sobre un campo escarlata, el mismo color escarlata que tenían las vueltas de las casacas de los soldados. Las banderas de seda adornadas con borlas resplandecían y su aparición provocó un repentino cañoneo desde la colina. Hasta el momento sólo había disparado el cañón pesado, pero súbitamente otros seis cañones se unieron a la lucha. Esos nuevos cañones eran más pequeños y sus proyectiles cayeron muy cerca de los siete batallones.

El comandante Shee, el irlandés que estaba al mando del 33.º mientras que el coronel del mismo, Arthur Wellesley, tenía el control de la brigada entera, retrocedió con su caballo a medio galope, habló brevemente con Morris y luego dio media vuelta y se alejó en dirección a la cabeza de la columna.

–¡Vamos a echar a esos cabrones de la colina! –le gritó Morris a la Compañía Ligera, luego inclinó la cabeza para encenderse un cigarro con una caja de yesca–. A cualquier hijo de puta que ponga pies en polvorosa, sargento –Morris continuó hablando cuando su cigarro se encendió debidamente–, se le pegará un tiro. ¿Me oye?

–¡Alto y claro, señor! –gritó Hakeswill–. ¡Un tiro, señor! Recibirá un tiro por cobarde. –Se giró y miró con el ceño fruncido a las dos medias compañías–. ¡Un tiro! Y sus nombres anunciados en el porche de las iglesias de sus ciudades natales como los cobardes que son. ¡Así que luchen como ingleses!

–Escoceses –gruñó una voz por detrás de Sharpe, pero demasiado bajo para que Hakeswill lo oyera.

–Irlandeses –dijo otro soldado.

–Ninguno de nosotros es un cobarde –dijo Garrard en voz más alta.

El sargento Green, que era una buena persona, lo hizo callar.

–Tranquilos, muchachos. Yo sé que cumpliréis con vuestro deber.